

Susanna Tamaro

Donde el corazón te lleve

Traducción de Atilio Pentimalli Melacrino



Opicina, 16 de noviembre de 1992

Hace dos meses que te fuiste y desde hace dos meses, salvo una postal en la que me comunicabas que todavía estabas viva, no he tenido noticias tuyas. Esta mañana, en el jardín me detuve largo rato ante tu rosa. Aunque estamos en pleno otoño, resalta con su color púrpura, solitaria y arrogante, sobre el resto de la vegetación, ya apagada. ¿Te acuerdas de cuando la plantamos? Tenías diez años y hacía poco que habías leído *El Principito*. Te lo había regalado yo como premio por tus notas. Esa historia te había encantado. Entre todos los personajes, tus predilectos eran la rosa y el zorro; en cambio, no te gustaban el baobab, la serpiente, el aviador, ni todos esos hombres vacíos y presumidos que viajaban sentados en sus minúsculos planetas. Así que, una mañana, mientras desayunábamos, dijiste: «Quiero una rosa.» Ante mi objeción de que ya teníamos muchas, contestaste: «Quiero una que sea solamente mía, quiero cuidarla, hacer que se vuelva grande.» Naturalmente, además de la rosa también querías un zorro. Con la astucia de los niños, habías presentado primero el deseo

accesible y después el casi imposible. ¿Cómo podía negarte el zorro después de haberte concedido la rosa? Sobre este extremo discutimos largamente y por último nos pusimos de acuerdo sobre un perro.

La noche antes de ir a buscarlo no pegaste ojo. Cada media hora llamabas a mi puerta y decías: «No puedo dormir.» Por la mañana, al dar las siete ya habías desayunado y te habías lavado y vestido; con el abrigo ya puesto, me esperabas sentada en el sillón. A las ocho y media estábamos ante la entrada de la perrera. Todavía estaba cerrada. Tú, mirando por entre las rejillas, decías: «¿Cómo sabré cuál es precisamente el mío?» En tu voz había una gran ansiedad. Yo te tranquilizaba, decía: «No te preocupes, acuérdate de cómo el Principito domesticó al zorro.»

Volvimos a la perrera tres días seguidos. Allí dentro había más de doscientos perros y tú querías verlos a todos. Te detenías delante de cada jaula y allí te quedabas, inmóvil y absorta en una aparente indiferencia. Entretanto, todos los perros se abalanzaban contra la red metálica, ladraban, saltaban, trataban de arrancar el enrejado con las garras. Estaba con nosotras la encargada de la perrera. Creyendo que eras una chiquilla como las demás, para que te animaras te mostraba los ejemplares más hermosos: «Mira aquel cocker», te decía. O también: «¿Qué te parece aquel lassie?» Por toda respuesta emitías una especie de gruñido y proseguías tu marcha sin hacerle caso.

A *Buck* lo encontramos el tercer día de ese vía crucis. Estaba en una de las jaulas traseras, esas

donde alojan a los perros convalecientes. Cuando llegamos ante el enrejado, en vez de acudir a nuestro encuentro como todos los demás, se quedó sentado en su sitio sin levantar siquiera la cabeza. «Ése —exclamaste señalándolo con el dedo—. Quiero ese perro.» ¿Te acuerdas de la cara estupefacta de aquella mujer? No lograba entender que quisieras entrar en posesión de aquel horrendo gozquillo. Sí, porque *Buck* era pequeño de talla pero encerraba en su pequeñez casi todas las razas del mundo. Cabeza de lobo, orejas blandas y colgantes de perro de caza, patas tan airosas como las de un basset, la cola espumosa de un perro de aguas y el pelo negro y tostado rojizo de un dobermann. Cuando nos dirigimos a las oficinas para firmar los papeles, la empleada nos contó su historia. Lo habían arrojado de un coche en marcha a principios del verano. En ese vuelo se había herido gravemente y por eso una de las patas traseras le colgaba como muerta.

Ahora *Buck* está aquí, a mi lado. Mientras escribo, de vez en cuando suspira y acerca su hocico a mi pierna. El morro y las orejas se han vuelto casi blancos a estas alturas y, desde hace algún tiempo, sobre los ojos le ha caído ese velo que siempre nubla los ojos de los perros viejos. Al mirarlo me conmuevo. Es como si aquí a mi lado hubiera una parte de ti, la parte que más quiero, esa que, hace años, entre los doscientos huéspedes de aquel refugio supo escoger el más infeliz y feo.

Durante estos meses, vagabundeando en la soledad de la casa, los años de incomprendiones

y malhumores de nuestra convivencia han desaparecido. Los recuerdos que me rodean son los recuerdos de cuando eras niña, una cachorrita vulnerable y extraviada. A ella es a quien le escribo, no a la persona bien defendida y arrogante de los últimos tiempos. Me lo ha sugerido la rosa. Esta mañana, cuando pasé a su lado, me dijo: «Coge un papel y escríbele una carta.» Ya sé que entre nuestros pactos, en el momento de tu partida, estaba el de no escribirnos, y con pesadumbre lo respeto. Estas líneas jamás levantarán el vuelo para llegar a tus manos en América. Si yo no estoy cuando regreses, ellas estarán aquí esperándote. ¿Qué por qué hablo así? Porque hace menos de un mes, por primera vez en mi existencia, estuve gravemente enferma. Así que ahora sé que entre todas las cosas posibles, también se cuenta ésta: dentro de seis o siete meses podría ocurrir que yo no estuviese aquí para abrir la puerta y abrazarte. Hace mucho tiempo, una amiga me comentaba que en las personas que nunca han padecido nada, la enfermedad, cuando viene, se manifiesta de una manera inmediata y violenta. A mí me ha ocurrido precisamente eso: una mañana, mientras estaba regando la rosa, de golpe alguien apagó la luz. Si la esposa del señor Razman no me hubiese visto a través del seto que separa nuestros jardines, con toda seguridad a estas horas serías huérfana. ¿Huérfana? ¿Se dice así cuando muere una abuela? No estoy del todo segura. Tal vez los abuelos están considerados como algo tan accesorio que no se requiere un término que especifique su pérdida. De los abuelos no se es ni

huérfano ni viudo. Por un movimiento natural se les deja a lo largo del camino, de la misma manera que, por distracción, a lo largo del camino se abandonan los paraguas.

Cuando desperté en el hospital no me acordaba absolutamente de nada. Con los ojos todavía cerrados, tenía la sensación de que me habían crecido dos bigotes largos y delgados, bigotes de gato. Apenas los abrí, me di cuenta de que se trataba de dos tubitos de plástico: salían de mis narices y corrían a lo largo de los labios. A mi alrededor sólo había unos extraños aparatos. Después de unos días me trasladaron a una habitación normal, en la que había otras dos personas más. Mientras estaba allí, una tarde vinieron a visitarme el señor Razman y su esposa. «Usted todavía vive —me dijo—, gracias a su perro, que ladraba como enloquecido.»

Cuando ya podía levantarme, un día entró en la habitación un joven médico al que ya había visto otras veces, durante las revisiones. Cogió una silla y se sentó junto a mi cama. «Puesto que no tiene usted parientes que puedan hacerse cargo y decidir por usted —me dijo—, tendré que hablarle sin intermediarios y con sinceridad.» Hablaba, y mientras hablaba, yo, más que escucharlo, lo miraba. Tenía labios finos y, como sabes, a mí nunca me han gustado las personas de labios finos. Según él, mi estado de salud era tan grave que no podía regresar a casa. Mencionó dos o tres residencias con asistencia de enfermería en las que podría vivir. Por la expresión de mi cara debió de captar algo, porque en seguida añadió: «No se imagine algo como los viejos asi-

los. Ahora todo es diferente, hay habitaciones luminosas y alrededor grandes jardines donde poder pasear.» «Doctor —le dije yo entonces—, conoce a los esquimales?» «Claro que los conozco», contestó al tiempo que se ponía de pie. «Pues mire, ¿ve usted?, yo quiero morir como ellos —y, en vista de que parecía no entender, agregué—: prefiero caerme de bruces entre los calabacines de mi huerto, antes que vivir un año más clavada en una cama, en una habitación de paredes blancas.» Él estaba ya ante la puerta. Sonreía de una manera malvada. «Muchos dicen eso —comentó antes de desaparecer—, pero en el último momento vienen corriendo a que los curemos y tiemblan como hojas.»

Tres días después firmé una ridícula hoja de papel en la que declaraba que, en caso de que muriese, la responsabilidad sería mía y solamente mía. Se la entregué a una joven enfermera de cabeza pequeña y que llevaba dos enormes pendientes de oro, y luego, con mis pocas cosas metidas en una bolsita de plástico, me encaminé hacia la parada de taxis.

Apenas me vio aparecer ante la cancela, *Buck* empezó a correr en círculo como un loco; después, para reiterar su felicidad, ladrando devastó dos o tres bancales. Por una vez no me sentí con ánimos para regañarlo. Cuando se me acercó con el hocico todo sucio de tierra, le dije: «¿Lo ves, viejo mío? Otra vez estamos juntos», y le rasqué detrás de las orejas.

Durante los días siguientes no hice nada o casi nada. Después de aquel percance, la parte izquierda de mi cuerpo ya no responde a mis ór-

denes como antes. La mano, sobre todo, se ha vuelto lentísima. Como me da rabia que gane ella, hago todo lo posible por utilizarla más que la otra. Me he atado un pequeño fleco rosado sobre la muñeca, y así, cada vez que tengo que coger algo, me acuerdo de usar la izquierda en vez de la derecha. Mientras el cuerpo funciona no nos damos cuenta de qué gran enemigo puede llegar a ser; si cedemos en la voluntad de hacerle frente, aunque sea sólo un instante, ya estamos perdidos.

Comoquiera que fuere, dada mi reducida autonomía, he dado a la esposa de Walter una copia de mis llaves. Ella pasa a verme todos los días y me trae todo lo que necesito.

Dando vueltas entre la casa y el jardín tu recuerdo se ha vuelto insistente, una verdadera obsesión. Muchas veces me acerqué al teléfono y levanté el auricular con la intención de enviarte un telegrama. Pero todas las veces, apenas la centralita me contestaba, decidía no hacerlo. Por la noche, sentada en el sillón —ante mí el vacío y alrededor el silencio— me preguntaba qué podía ser mejor. Mejor para ti, naturalmente, no para mí. Para mí sería seguramente más hermoso irme teniéndote a mi lado. Estoy segura de que si te hubiera dado la noticia de mi enfermedad, habrías interrumpido tu estadía en América para acudir aquí a toda prisa. ¿Y después? Después, tal vez yo hubiera vivido otros tres o cuatro años, acaso en una silla de ruedas, acaso alelada; y tú, por obligación, te habrías encargado de cuidarme. Lo habrías hecho con entrega, pero, con el tiempo, esa entrega se ha-

bría convertido en rabia y odio. Odio, porque pasarían los años y tú habrías desperdiciado tu juventud; porque mi amor, con el efecto de un bumerang, habría encerrado tu vida en un callejón sin salida. Esto decía en mi interior la voz que no quería telefonearte. Si decidía que ella tenía razón, en seguida aparecía en mi mente la voz contraria. ¿Qué te ocurriría —me preguntaba— si en el momento de abrir la puerta, en vez de encontrarnos a mí y a *Buck* festivos encontrases la casa vacía, deshabitada desde tiempo atrás? ¿Existe algo más terrible que un retorno que no logra llevarse a cabo? Si hubieras recibido allá un telegrama con la noticia de mi desaparición, ¿no habrías pensado, acaso, en una especie de traición? ¿En un gesto de despecho? Como en los últimos meses habías sido muy desgarbada conmigo, pues yo te castigaba marchándome sin previo aviso. Eso no habría sido un bumerang, sino una vorágine: creo que es casi imposible sobrevivir a algo semejante. Aquello que tenías que decir a la persona amada queda para siempre dentro de ti; esa persona está allá, bajo tierra, y ya no puedes volver a mirarla a los ojos, abrazarla, decirle aquello que todavía no le habías dicho.

Transcurrían los días y yo no tomaba ninguna decisión. Después, esta mañana, la sugerencia de la rosa. «Escríbele una carta, un pequeño diario de tus jornadas que le siga haciendo compañía.» Y aquí estoy, por lo tanto, en la cocina, con una vieja libreta tuya delante, mordisqueando la pluma como un chiquillo en dificultades con los deberes. ¿Un testamento? No precisa-

mente: más bien algo que te acompañe a lo largo de los años, algo que podrás leer cada vez que sientas la necesidad de tenerme a tu lado. No temas, no quiero pontificar ni entristecerte, tan sólo charlar un poco con esa intimidad que antaño nos unía y que hemos perdido durante los últimos años. Por haber vivido tanto tiempo y haber dejado a mi espalda tantas personas, a estas alturas sé que los muertos pesan, no tanto por la ausencia, como por todo aquello que entre ellos y nosotros no ha sido dicho.

Mira, yo me encontré haciendo contigo el papel de madre ya entrada en años, a la edad en que habitualmente se es abuela. Eso tuvo sus ventajas. Ventajas para ti, porque una abuela madre es siempre más atenta y más bondadosa que una madre madre; y ventajas para mí, porque, en vez de atontarme, como las mujeres de mi edad, entre partidas de naipes y sesiones vespertinas en el teatro municipal, me vi nuevamente arrastrada, con ímpetu, a la corriente de la vida. Pero en algún momento, sin embargo, algo se rompió. La culpa no fue ni mía ni tuya, sino solamente de las leyes de la naturaleza.

La infancia y la vejez se parecen. En ambos casos, por motivos diferentes, somos más bien inermes, todavía no participamos —o ya no participamos— en la vida activa y eso nos permite vivir con una sensibilidad sin esquemas, abierta. Es durante la adolescencia cuando empieza a formarse alrededor de nuestro cuerpo una coraza invisible. Se forma durante la adolescencia y sigue aumentando a lo largo de toda la edad adulta. El proceso de su crecimiento se parece

un poco al de las perlas: cuanto más grande y profunda es la herida, más fuerte es la coraza que se le desarrolla alrededor. Pero después, con el paso del tiempo, como un vestido que se ha llevado demasiado, en los sitios de mayor roce empieza a desgastarse, deja ver la trama, repentinamente por un movimiento brusco se desgarrar. Al principio no te das cuenta de nada, estás convencida de que la coraza todavía te envuelve por completo, hasta que un día, de pronto, ante una cuestión estúpida y sin saber por qué vuelves a encontrarte llorando como un niño.

De la misma manera, cuando te digo que entre tú y yo ha brotado una divergencia natural, quiero decir precisamente eso. En la época en que tu coraza se empezó a formar, la mía ya estaba hecha jirones. Tú no soportabas mis lágrimas y yo no soportaba tu repentina dureza. Aunque estaba preparada para el hecho de que cambiases de carácter durante la adolescencia, una vez que el cambio se hubo producido me resultó muy difícil soportarlo. Repentinamente había ante mí una persona nueva y yo no sabía ya cómo hacer frente a esa persona. De noche, en la cama, en el momento de recapacitar ordenando mis pensamientos, me sentía feliz por todo lo que te estaba ocurriendo. Para mis adentros me decía que quien pasa indemne la adolescencia nunca se convertirá de verdad en una persona mayor. Pero, por la mañana, cuando me dabas el primer portazo en plena cara, ¡qué depresión, qué ganas de llorar! No conseguía encontrar en ningún lado la energía necesaria para mantenerte a raya. Si alguna vez llegas a los ochenta años,

comprenderás que a esta edad nos sentimos como hojas a finales de septiembre. La luz del día dura menos y el árbol, poco a poco, empieza a acaparar para sí las sustancias nutritivas. Nitrógeno, clorofila y proteínas son reabsorbidas por el tronco y con ellos se van también el verdor y la elasticidad. Estamos todavía suspendidos en lo alto, pero sabemos que es cuestión de poco tiempo. Una tras otra van cayendo las hojas vecinas: las ves caer y vives en el terror de que se levante viento. Para mí el viento eras tú, la vitalidad pendenciera de tu adolescencia. ¿Nunca te diste cuenta, tesoro? Hemos vivido sobre el mismo árbol, pero en estaciones diferentes...

Evoco el día de tu partida, lo nerviosas que estábamos, ¿eh? Tú no querías que te acompañase al aeropuerto, y cada vez que te recordaba que cogieses algo me contestabas: «Me voy a América, no al desierto.» Desde el umbral, cuando te grité con mi voz odiosamente estridente: «¡Cuidate mucho!», sin siquiera volver la cara me contestaste diciendo: «Cuida tú a *Buck* y a la rosa.»

En aquel momento, ¿sabes?, me quedé algo decepcionada por esa despedida tuya. Como buena vieja sentimental que soy, esperaba algo diferente y más trivial, como un beso o una frase cariñosa. Solamente cuando se hizo de noche, al no lograr conciliar el sueño, dando vueltas en bata por la casa vacía, me di cuenta de que cuidar a *Buck* y a la rosa quería decir ocuparme de esa parte de ti que seguía viviendo a mi lado, la parte feliz de ti. Y también me di

cuenta de que en la sequedad de aquella frase no había insensibilidad, sino la extrema tensión de una persona a punto de llorar. Es la coraza de la que antes te hablaba. Tú la tienes todavía tan apretada que casi no te deja respirar. ¿Recuerdas lo que te decía en los últimos tiempos? Las lágrimas que no brotan se depositan sobre el corazón, con el tiempo lo cubren de costras y lo paralizan como la cal que se deposita y paraliza los engranajes de la lavadora.

Ya lo sé, mis ejemplos sacados del universo de la cocina te harán soltar bufidos en vez de hacerte reír. Resígnate: cada cual obtiene su inspiración del mundo que mejor conoce.

Ahora tengo que dejarte. *Buck* suspira y me mira con ojos implorantes. También en él se manifiesta la regularidad de la naturaleza. En todas las estaciones conoce la hora de su comida con la precisión de un reloj suizo.

18 de noviembre

Anoche cayó un fuerte aguacero. Era tan violento que varias veces me desperté por el ruido que hacía al golpear los postigos. Esta mañana, cuando abrí los ojos convencida de que todavía haría mal tiempo, estuve remoloneando entre las mantas durante largo rato. ¡Cómo cambian las cosas con los años! A tu edad yo era una especie de lirón, si nadie me molestaba podía dormir incluso hasta la hora de la comida. Ahora, en cambio, siempre estoy despierta antes del amanecer. Así las jornadas se vuelven larguísimas, interminables. Hay cierta crueldad en todo esto, ¿no crees? Las horas de la mañana son las más terribles, no hay nada que te ayude a distraerte: estás allí y sabes que tus pensamientos sólo pueden dirigirse hacia atrás. Los pensamientos de un viejo no tienen futuro, por lo general son tristes, y si no tristes, melancólicos. A menudo me he preguntado sobre esta rareza de la naturaleza. Hace unos días vi en la televisión un documental que me hizo reflexionar. Hablaba de los sueños de los animales. En la jerarquía zoológica, de los pájaros hacia arriba, to-

dos los animales sueñan mucho. Sueñan los gorriones y las palomas, las ardillas y los conejos, los perros y las vacas echadas sobre el prado. Sueñan, pero no todos de la misma manera. Los animales que, por naturaleza, son sobre todo presas, tienen sueños breves: más que sueños propiamente dichos son apariciones. Los depredadores, en cambio, tienen sueños largos y complicados. «Para los animales —decía el locutor—, la actividad onírica es una manera de organizar las estrategias de supervivencia: el que caza ha de elaborar constantemente formas nuevas para conseguir alimento; el que es cazado —habitualmente encuentra el alimento ante sí en forma de hierba— sólo tiene que pensar en la manera más veloz de darse a la fuga.» En otras palabras, al dormir, el antílope ve ante sí la sabana abierta; el león, en cambio, en una constante y variada repetición de escenas, ve todas las cosas que tendrá que hacer a fin de lograr comerse al antílope. Así es como ha de ser, dije para mis adentros: de jóvenes somos carnívoros y en la vejez herbívoros. Porque cuando somos viejos, además de dormir poco no soñamos, o, si soñamos, tal vez no nos queda recuerdo de ello. De niños y de jóvenes, en cambio, se sueña más y los sueños tienen el poder de determinar el humor del día. ¿Te acuerdas de cómo llorabas, recién despierta, en los últimos meses? Te estabas allí sentada delante de la taza de café y las lágrimas rodaban silenciosas por tus mejillas. «¿Por qué lloras?», te preguntaba entonces; y tú, desolada o furiosa, decías: «No lo sé.» A tu edad hay muchas cosas que ordenar dentro de

uno mismo: hay proyectos y, en los proyectos, inseguridades. La parte inconsciente no tiene un orden o una lógica clara: con los residuos de la jornada, hinchados y deformados, mezcla las aspiraciones más profundas, entre las aspiraciones profundas mete las necesidades del cuerpo. De tal suerte, si tenemos hambre soñamos estar sentados a la mesa y no conseguir comer; si tenemos frío soñamos que estamos en el Polo Norte y no tenemos un abrigo; si hemos sufrido un desaire nos convertimos en guerreros sedientos de sangre.

¿Con qué sueñas, allá entre los cactus y los *cowboy*? Me gustaría saberlo. ¿Ocurrirá que, de vez en cuando, allá en medio, acaso vestida de piel roja, aparezca también yo? ¿Quién sabe si con la apariencia de un coyote aparece *Buck*? ¿Sientes nostalgia? ¿Nos recuerdas?

¿Sabes? Anoche, mientras estaba leyendo sentada en el sillón, repentinamente oí en la habitación un ruido rítmico: al levantar la cabeza del libro vi que *Buck*, mientras dormía, batía el suelo con la cola. Por la expresión de beatitud de su morro estoy segura de que te veía, tal vez acababas de regresar y él te estaba haciendo fiestas, o acaso recordaba algún paseo particularmente hermoso que habíais dado juntos. ¡Los perros son tan permeables a los sentimientos humanos! Con la convivencia desde la noche de los tiempos, nos hemos vuelto casi iguales. Por eso muchas personas los detestan. Ven demasiadas cosas de sí mismas reflejadas en su mirada tiernamente cobarde, cosas que preferirían ignorar. *Buck* sueña a menudo contigo última-

mente. Yo no lo consigo, o tal vez lo consigo pero no logro recordarlo.

Cuando era pequeña, durante un tiempo vivió en nuestra casa una hermana de mi padre que había enviudado recientemente. Tenía la pasión del espiritismo y en cuanto mis padres no nos veían, en los más oscuros y ocultos rincones me instruía sobre los poderes extraordinarios de la mente. «Si quieres entrar en contacto con una persona lejana —me decía—, tienes que apretar en una mano una foto suya, trazar una cruz compuesta de tres pasos y luego decir “heme aquí, aquí estoy”.» De esa manera, según ella, podría obtener la comunicación telepática con la persona deseada.

Esta tarde, antes de ponerme a escribir, hice precisamente eso. Eran alrededor de las cinco, donde tú estás había de ser de mañana. ¿Me has visto, me has oído? Yo te percibí en uno de esos bares llenos de luces y azulejos donde se comen bocadillos con una albóndiga dentro, en seguida te distinguí en medio de esa muchedumbre multicolor porque llevabas el último jersey que te hice, ese con unos ciervos rojos y azules. Pero la imagen fue tan breve y tan descaradamente parecida a las de las películas que no tuve tiempo de ver la expresión de tus ojos. ¿Te sientes feliz? Eso, por encima de cualquier otra cosa, es lo que más me importa.

¿Te acuerdas de cuántas discusiones sostuvimos para decidir si era o no era justo que yo financiase esta larga estancia tuya de estudios en el extranjero? Tú sostenías que te resultaba absolutamente necesaria, que para crecer y abrir

tu mente necesitabas irte, dejar el ambiente asfixiante en el que habías crecido. Acababas de terminar la selectividad y vacilabas, en la más total oscuridad, sobre lo que desearías hacer cuando fueses mayor. Cuando eras pequeña tenías muchas pasiones: querías convertirte en veterinario, en explorador, en médico de niños pobres. De tales deseos no había quedado el menor rastro. Con los años se había ido cerrando aquella apertura que habías manifestado hacia tus semejantes; todo lo que había sido filantropía, deseo de comunión, en un brevísimo lapso se convirtió en cinismo, soledad, obsesiva concentración en tu destino infeliz. Si en la televisión se daba el caso de que viéramos alguna noticia particularmente cruenta, te mofabas de la compasión que yo expresaba diciéndome: «A tu edad, ¿de qué te asombras? ¿Todavía no te has enterado de que la selección de la especie es lo que gobierna el mundo?»

Ante esta clase de observaciones, las primeras veces me quedé sin aliento, tenía la sensación de tener un monstruo a mi lado; observándote de reojo me preguntaba de dónde habías salido, si era eso lo que te había enseñado con mi ejemplo. Nunca te contesté, pero intuía que el tiempo del diálogo había terminado, cualquier cosa que dijera produciría solamente un encontronazo. Por una parte, tenía miedo de mi fragilidad, de la inútil pérdida de fuerzas, y, por la otra, intuía que el choque abierto era precisamente lo que tú buscabas y que tras el primero se producirían otros, cada vez más violentos. Bajo tus palabras percibía el rebullir de la energía, una

energía arrogante, lista para estallar y a duras penas contenida; mi manera de limar las asperezas, mi fingida indiferencia ante los ataques, te obligaron a buscar otros caminos.

Me amenazaste entonces con marcharte, desaparecer de mi vida sin dejar rastro. Tal vez te esperabas la desesperación, las humildes súplicas de una vieja. Cuando te dije que partir me parecía una excelente idea, empezaste a tambalearte, parecías una víbora que tras elevar la cabeza de golpe con las fauces abiertas y dispuesta para atacar, repentinamente ya no ve ante sí el objeto contra el que iba a lanzarse. Empezaste entonces a pactar, a avanzar propuestas; elaboraste varias, inseguras, hasta el día que, de nuevo con firmeza, delante de la taza de café anunciaste: «Me voy a América.»

Recibí esa decisión como había recibido las otras, con un amable interés. No quería, con mi aprobación, impulsarte a tomar decisiones equivocadas que no sintieras de verdad. Durante las semanas siguientes seguiste hablándome de la idea de ir a América. «Si voy allí un año —repetías obsesivamente—, por lo menos aprenderé un idioma y no perderé el tiempo.» Te irritabas enormemente cuando te hacía notar que perder el tiempo no es en absoluto grave. Pero llegaste al máximo de la irritación cuando te dije que la vida no es una carrera, sino un tiro al blanco, lo que importa no es el ahorro de tiempo, sino la capacidad de encontrar una diana. Había sobre la mesa dos tazas que inmediatamente hiciste volar barriéndolas con un brazo, para después estallar en llanto. «Eres una estúpida —decías

cubriéndote el rostro con las manos—. Eres una estúpida. ¿No entiendes que precisamente eso es lo que quiero?» Durante semanas habíamos sido como dos soldados que, tras haber enterrado una mina en un campo, procuran no pasar sobre ella. Sabíamos dónde estaba, qué era, y caminábamos distantes, fingiendo que el asunto a temer era otro. Cuando estalló y tú sollozabas diciéndome: «no entiendes nada, nunca entenderás nada», tuve que realizar un gran esfuerzo para no dejarte intuir mi turbación. Tu madre, la manera que tuvo de concebirte, su muerte: de todo eso nunca te he hablado y el hecho de que callara te llevó a creer que para mí el asunto no existía, que era poco importante. Pero tu madre era mi hija, tal vez no tengas en cuenta eso. O quizás lo tengas en cuenta, pero, en vez de decirlo, lo incubas en tu interior: no puedo explicarme de otra forma determinadas miradas tuyas, determinadas palabras cargadas de odio. Aparte del vacío, de ella no tienes otros recuerdos: todavía eras demasiado pequeña el día que murió. Yo, en cambio, conservo en mi memoria treinta y tres años de recuerdos, treinta y tres más los nueve meses durante los cuales la llevé en mi vientre.

¿Cómo puedes pensar que el asunto me deja indiferente?

En el hecho de no enfrentar antes la cuestión, por mi parte había únicamente pudor y una buena dosis de egoísmo. Pudor, porque era inevitable que al hablar de ella tuviera que hablar de mí misma, de mis culpas, verdaderas o supuestas; egoísmo, porque confiaba en que mi

amor fuese tan grande como para cubrir la ausencia del suyo, tanto como para impedirte sentir un día nostalgia de ella y preguntarme: «¿Quién era mi madre, por qué murió?»

Mientras fuiste una niña, juntas éramos felices. Eras una niña llena de alegría, pero en tu alegría no había nada que fuera superficial, que pudiera darse por descontado. Era una alegría sobre la que siempre estaba al acecho la sombra de la reflexión, pasabas de la risa al silencio con una facilidad sorprendente. «¿Qué hay, qué estás pensando? —te preguntaba entonces, y tú, como si yo hablase de la merienda, contestabas—: Pienso en si el cielo se acaba o sigue para siempre.» Estaba orgullosa de esa manera tuya de ser, tu sensibilidad se parecía a la mía, yo no me sentía mayor y distante, sino tiernamente cómplice. Me ilusionaba, quería ilusionarme con que fuese siempre así. Pero lamentablemente no somos seres suspendidos dentro de pompas de jabón, vagando felices por el aire; en nuestras vidas hay un antes y un después, y ese antes y después entrapa nuestros destinos, cae sobre nosotros como una red sobre la presa. Suele decirse que las culpas de los padres recaen sobre los hijos, las de los abuelos sobre los nietos, las de los bisabuelos sobre los bisnietos. Hay verdades que llevan consigo una sensación de liberación y otras que imponen el sentido de lo tremendo. Ésta pertenece a la segunda categoría. ¿Dónde se acaba la cadena de la culpa? ¿En Caín? ¿Será posible que todo haya de alejarse tanto? ¿Hay algo detrás de todo esto? En cierta ocasión leí en un libro hin-

dú que el hado posee todo el poder, en tanto que la fuerza de la voluntad es tan sólo un pretexto. Tras haber leído aquello, una gran paz se aposentó en mi interior. Pero al día siguiente, sin embargo, pocas páginas más adelante, encontré que decía que el hado no es otra cosa que el resultado de las acciones pasadas: somos nosotros, con nuestras propias manos, quienes forjamos nuestro destino. Por lo tanto, volví a encontrarme en el punto de partida. «¿Dónde está el cabo de esta madeja? —me pregunté—. ¿Cuál es el hilo que se devana? ¿Es un hilo o una cadena? ¿Se puede cortar, romper, o bien nos envuelve para siempre?»

Por lo pronto, la que va a cortar soy yo. Mi cabeza ya no es la de antes; las ideas están siempre aquí, claro, no ha cambiado mi manera de pensar, sino la capacidad de mantener un esfuerzo prolongado. Ahora me siento cansada, la cabeza me da vueltas, como cuando de joven intentaba leer un libro de filosofía. Ser, no ser, inmanencia... después de unas pocas páginas sentía el mismo aturdimiento que se siente viajando en autobús por carreteras de montaña. Te dejo por el momento. Voy a idiotizarme un rato delante de esa amada-odiada cajita que está en la sala.